

1-17-EL SER HUMANO

“¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?” A esta pregunta llena de asombro contesta el salmista: “Lo has hecho poco menos que Dios, lo has coronado de gloria y honor. Le has dado el dominio sobre las obras de tus manos: has puesto todas las cosas bajo sus pies, ovejas y bueyes, las bestias del campo también, las aves del cielo y los peces del mar” (Salmo 8, 5-8).

El ser humano... ¿corona de la creación? En 1965 el Concilio Vaticano II decía: “Creyentes y no creyentes están casi unánimemente de acuerdo en que todas las cosas de la tierra deberían estar ordenadas al hombre como centro y culmen” (Gaudium et spes, 12). Hoy en día, muchos ven al hombre más como un destructor de la naturaleza, un perturbador de su paz. ¿No es presuntuoso por parte del hombre elevarse de esta forma por encima de las demás criaturas?

Años atrás, Adolf Portman, el gran biólogo de Basel, ya había escrito: “No es tan remoto el tiempo en que creíamos que las tonalidades de las mariposas, los cantos de los pájaros y los esplendores de las flores había sido creados para nuestro deleite. Este reconfortante engaño, por el que nuestra existencia se elevaba tan alto que parecía ser el vértice de toda la vida, ha sido demolida por la mirada por debajo de la agitada faz del mar”. Es cierto: el mundo de las profundidades oceánicas no tiene más que ver con nosotros que la poderosa expansión del cosmos”. Pero a pesar de ello, sólo el hombre puede penetrar en las profundidades de ambos –mar y espacio-y descubrir, un poco, sus misterios. Sólo el ser humano puede darse cuenta de que hay mucho que desconoce.

La grandeza del hombre no reposa en su fuerza –el león es mucho más fuerte y la gacela mucho más rápida- sino en su naturaleza intelectual y espiritual: sólo el puede conocer y amar, y darse cuenta de que conoce y ama. Por eso el Concilio dice que “el ser humano es la única criatura que Dios ha querido por sí misma” (Gaudium et spes, no. 24:3). Y el Catecismo explica: “Sólo él está llamado a compartir, por el conocimiento y el amor, la propia vida de Dios”. (CIC 356).

La grandeza del hombre es que puede convertirse en amigo de Dios. Todo aquel que ve en el hombre simplemente a un componente más de la naturaleza, cuyo objetivo no sobrepasa la vida terrestre, encontrará que las sentencias de los salmos sobre la magnificencia del hombre son exageradas. ¡Cuán diferente se ve cuando permitimos que la Palabra de Dios nos instruya sobre que el hombre fue creado “a imagen y semejanza de Dios”. (Gen 1:27). Este excepcional estado poseído por el ser humano lo expresamos con el término “persona”.

“Siendo hecho a imagen y semejanza de Dios el individuo humano posee la dignidad de persona, o sea, no es algo sino alguien” (CIC 357). “Persona”, esto es, no un simple número en el ciclo de la naturaleza, sino un “Yo”, querido, amado y llamado por Dios. Quien dice “persona” también habla de “comunidad”- un Tú, que también no es algo sino alguien. Un “Yo” amado por Dios como yo y llamado a la vida eterna. De aquí que “todos los hombres son verdaderamente hermanos”. (CIC 361).